

COMENTARIO BÍBLICO DE LA LITURGIA DE LA PALABRA

DOMINGO IV DE PASCUA

La **primera lectura** de hoy nos relata la predicación de Pedro que proclama el poder de Jesucristo.

Desde la certeza de su Resurrección, Pedro puede sostenerse de pie y anunciar la victoria de Aquél que parecía definitivamente derrotado. Del que fue la víctima injustamente elegida para un supuesto bien del pueblo ("Es necesario que muera uno solo para que se salve el pueblo", Jn XI, 50).

Desde la perspectiva cierta de la victoria sobre la muerte Pedro puede rescatar los rasgos de poder manifestados en la vida terrestre de Jesús mediante los milagros.

También puede mostrar que los milagros siguen. Que en nombre de Jesús pueden darse también en el tiempo suyo y en el nuestro.

Sin embargo, los milagros no son un juego ni una demostración banal de poderío (como en las tentaciones de Jesús en el desierto).

No se trata de un ejercicio constante de alteración de las reglas de funcionamiento del universo, de manera que no existan más problemas, que nos veamos exonerados de los esfuerzos por construir la sociedad humana de un modo digno de ser vivida.

Tampoco de que queden suprimidas las limitaciones y las consecuencias de nuestra humanidad, afectada por el pecado original y por las decisiones positivas y negativas de nuestra libertad.

Los milagros no son un despliegue permanente de rescate ante los riesgos y las pérdidas propias de nuestra condición humana. No instalan la parusía en nuestra historia.

Los milagros son una señal de salvación. Son una señal para ayudar nuestra fe, para ayudar a dirigir nuestra mirada creyente al Señor.

En el período pos pascual que vivimos, los milagros evangélicos y apostólicos y los milagros de la historia de la Iglesia, están al servicio de alimentar nuestra fe en el Resucitado.

La **segunda lectura** nos ubica bien en la consecuencia de nuestra fe en el Resucitado:

seremos semejantes a Él.

En un proceso que comienza sacramentalmente en nuestra historia personal y que desbordará su plenitud al fin de los tiempos.

El objetivo cristiano no es vivir con éxito en la tierra. No es parar de sufrir ni prosperar económicamente o triunfar en los afectos.

El éxito final está garantizado respecto al verdadero enemigo que es el pecado y la muerte definitiva.

Para el transcurso de la vida histórica, la promesa no es librarnos de las dificultades sino darnos la gracia para vivirlas de otra manera. De manera cristiana, es decir de manera responsable y victoriosa.

La serenidad del camino de la propia vida surge de la confianza en el Buen Pastor que se anuncia en el **Evangelio**.

La metáfora del Pastor y de las ovejas elige un tipo de animalito que no puede vivir solo. A diferencia de las cabras, las ovejitas necesitan ser guiadas para alcanzar el agua fresca y el buen pasto. Los hombres necesitamos ser pastoreados, necesitamos ser guiados en el buen rumbo.

Jesús se compadeció, sufrió como propios los extravíos humanos, por ello se hizo Pastor y se dedicó a enseñar (estuvo todo el día enseñándoles, Marcos VI, 34).

El cristianismo no es una adhesión a un sistema de ideas o de creencias. Es una vida, es un caminar. Pero ese camino de vida tiene un rumbo, no da lo mismo cualquier movimiento, tiene una dirección. Para ello está la enseñanza.

La Vida incluye la Verdad. La Palabra de Vida (*a quién iremos, Tú solo tienes palabra de Vida eterna Jn VI, 68*).

El pastor es necesario también para defender las ovejas del peligro del lobo. Existe el lobo; existe el demonio que quiere arrebatar nuestras vidas.

El mayor triunfo del demonio es que la gente piense que no existe o lo piense de un modo caricaturesco. Entonces no advierte los modos astutos cómo nos puede envolver inteligentemente, de un modo atractivo para nosotros.

Los fieles necesitamos cultivar el aprendizaje del oído para reconocer la voz del Pastor. Cultivar el discernimiento de lo que viene del Espíritu Santo y de lo que viene del poder del aire (*Efesios II, 2*), que es el mentiroso y homicida desde el principio.

Necesitamos cultivar la capacidad de distinguir los modos auténticos de ser cristiano, para ponerlos en obra.

Ser realistas respecto al conflicto espiritual no significa neurosis. Al contrario significa la adultez del que asume el carácter dramático de la propia vida cristiana en una identidad serena, gozosa y victoriosa.

Porque nuestro Pastor ya está en la gloria y su victoria nos pertenece: porque Él la ganó para nosotros.

La **oración colecta** nos hace pedir para nosotros esa alegría esperanzada de llegar a entrar donde ya reina nuestro Pastor victorioso.

P. Raúl Méndez